

## Un montevideano del 30

### **ARTURO DESPOUEY, ARTISTA Y CRÍTICO**

En el recuerdo de los uruguayos que, como quien esto escribe, miran el lejano pasado a través del cristal refractor de la nostalgia, Arturo Despouey aparece como figura emblemática de la bonanza que acompañó a la celebración del Centenario y los primeros años del SODRE. Alegre y confiado, el país recogía los frutos del proceso de transformación que, en menos de medio siglo, había hecho del Uruguay pastoril y caudillesco un país moderno, democrático, abierto al mundo, masivamente alfabetizado, gran consumidor de arte y espectáculos y, además, un afortunado ensayo de Estado Benefactor. Con inocencia adolescente, disfrutábamos de una efímera *belle époque* y creíamos merecer el calificativo de Suiza de América pasando por alto la incongruencia geográfica de tener como capital a la Atenas del Plata.

Una de las innovaciones de la época fue la introducción de la crítica de cine en la prensa nacional. El cine era todavía un joven advenedizo, mezcla rara de arte e industria, desdeñado por las *élites* culturales, que no podían perdonarle su origen como diversión barata para las masas de obreros, muchos de ellos inmigrantes y/o analfabetos atraídos a los grandes centros urbanos por la Revolución Industrial del siglo XIX. Nuestro país compartía esa actitud. Los diarios y revistas, que albergaban secciones especializadas de literatura, teatro y música, con frecuencia a cargo de críticos competentes, no prestaban la misma atención al cine. Cierto es que los administradores temían disgustar con una crítica objetiva a

los importantes y consecuentes avisadores que eran las empresas exhibidoras y preferían publicar los comunicados de éstas como única fuente de orientación para los lectores. Ese obstáculo, sin embargo, era más aparente que real. La experiencia no tardó en demostrar que una crítica honesta, lejos de perjudicar al negocio, lo favorecía, acicateando el interés del público. Un público que había hecho del cine su entretenimiento favorito, que ese año, solo en Montevideo, con 657.000 habitantes, había comprado 4.300.000 entradas, y pronto demostraría su buen gusto rechazando decididamente el doblaje, definido por Borges como la conjunción del rostro de Greta Garbo con la voz de Aldonza Lorenzo.

De todos modos, a solo 35 años de su nacimiento, el invento de Edison y Lumière había alcanzado un grado de madurez que le hacía digno del calificativo de séptimo arte y, tras la flamante incorporación del sonido y el color, entraba en un ciclo de evolución creativa que hoy vemos como la más completa realización de sus potencialidades. Esto lo advirtieron en nuestro medio los pioneros de la crítica cinematográfica, los jóvenes José M. Podestá y René Arturo Despouey, el primero en la revista literaria “La Pluma”, de Orsini Bertani y el diario “Uruguay”, de Natalio Botana y el segundo en “El Nacional”, de Carlos Quijano. Aun cuando Podestá permaneció en el país y siguió escribiendo hasta la década del 50, fue Despouey, expatriado definitivamente tras solo un decenio de actividad local, quien dejó una huella mas profunda en el imaginario colectivo, hasta el punto de convertirse en un mito para sus sucesores.

Al principio de la década, René Arturo Despouey Casamayou, nacido en 1909, ya había publicado dos novelas y ganado cierta fama por sus notables condiciones histriónicas, que sacaba a relucir a la menor provocación. Solía disipar el tedio de sus compañeros de trabajo, en la biblioteca de ANCAP, zapateando vigorosamente y cantando en inglés con pesado acento francés en una festejada imitación de Maurice Chevalier. Venciendo una ocasional tartamudez, se distinguía asimismo como recitador de poesía y brillante *causeur* en peñas de café y reuniones sociales. Era infaltable las noches de estrenos teatrales y cinematográficos, en las que llamaba la atención con su sola presencia: alto, enhiesto, ataviado a la manera de un *dandy* londinense con polainas y guantes color patito, bastón, chaleco solapado, saco ribeteado muy ajustado al cuerpo, sobretodo con cuello de piel o terciopelo y sombrero bombín. Y cuando la penumbra de la sala lo sustraía a la vista del público, no dejaba de hacerse notar con alguna observación en voz alta o una de sus restallantes carcajadas. Se le atribuían intenciones de emular a Roberto de las Carreras, Oscar Wilde y otros notorios transgresores, pero él prefería verse como un nuevo Don Quijote a quien la fábrica de sueños del cine, en lugar de los libros de caballería, proyectaba fuera de la realidad. Se dio el gusto de personificar al hidalgo de la Mancha en la versión radiofónica del Quijote que habría de escribir años más tarde para la BBC.

Un día de 1935 Despouey fue invitado a recitar el *Romancero Gitano* de García Lorca en la audición titulada “Cine Actualidad” que conducía Emilio Dominoni Font en CX42 Tribuna Sonora. Del encuentro surgió la idea de editar la revista del mismo nombre, cuyo primer número

vio la luz pública en junio de 1936. Finamente diseñada por José M. Copello, con un *staff* de redacción encabezado por sus directores y la colaboración de Julio C. Martell y Eduardo Jiménez de Aréchaga, conquistó rápidamente el favor del público. Convertida poco más tarde en “Cine Radio Actualidad” tras el agregado de los rubros de radio, teatro, música, ballet y jazz, fue el primer semanario cultural montevideano, anticipo de “Marcha” y del movimiento renovador del 45. Fue también un vivero de talentos, una escuela de la que egresaron alumnos distinguidos, entre ellos Homero Alsina Thevenet y Hugo R. Alfaro, que habrían de cursar largas y productivas carreras periodísticas. Despouey era el astro reconocido de aquella constelación, pero nunca asumió el papel de maestro. Reacio a imponer su ascendiente natural, trataba en pie de igualdad a los principiantes, sin dar lecciones, predicando con el ejemplo de su rigor crítico, la elegancia de su prosa y la certeza de sus juicios. En aquellos tiempos no había libros de historia del cine ni fuentes de información imparcial. Las pocas revistas extranjeras, como “Cinémonde” y “Photoplay”, dedicadas al chismorreo en torno a los amoríos reales o inventados de los astros y estrellas, ninguna utilidad prestaban a la crítica seria; “Sight and Sound” y “Cahiers du Cinéma” estaban lejos en el futuro; más distantes aún, Cine Arte del SODRE, los cineclubes y los festivales. Los críticos solo podían contar con los recursos de su sensibilidad, cultura general y capacidad de discernimiento y de comunicación.

Despouey escribía de cine y teatro porque los amaba. La suya no era una actitud de juez que analiza severamente un caso y dicta un fallo condenatorio o absolutorio, sino la de un aficionado entusiasta. A

diferencia de cierto tipo de críticos, felices en la diatriba, que parecen sentirse a disgusto cuando deben tributar un elogio, Despouey escribió sus mejores páginas en celebración de las bellezas que descubría en la pantalla o el escenario, compartiendo con el lector su deleite y su emoción, enseñándole a ver y apreciar los valores reales de la obra comentada. Sus comentarios sobre el teatro de García Lorca, revelado en todo su esplendor por la compañía de Margarita Xirgú en 1937 (en particular, “Doña Rosita, la soltera”, que recitaba de memoria ), así como sobre algunos films (“La ninfa constante”, “Rembrandt”, “El fin del día”, “El muelle de las brumas”, “La gran ilusión”, “Madre tierra”, “Callejón sin salida”, “El halcón maltés”, “Marguerite Gauthier”, entre otros) dan testimonio de tan noble condición. No toleraba las pretensiones sin fundamento ni le cegaba el relumbrón de los nombres famosos; denunció el “vacío neumático” de los espectáculos presentados por la *vedette* Elvire Popesco y no ocultó su decepción ante “Tiempos modernos”, que declaró virgen de la impronta genial de Chaplin. Siguiendo quizá el modelo de Coleridge, otro gran conversador, sazónaba sus crónicas con referencias personales. Por ejemplo, en su exégesis de “Adiós, Mr. Chips”, el personaje interpretado por Robert Donat le hizo recordar con afecto al profesor Ralph Cowling, director del Instituto Cultural Anglo-Uruguayo. En esa institución, a la que estuvo estrechamente vinculado, dictó una memorable conferencia sobre la poesía y el teatro de García Lorca.

Respondiendo al llamado de Quijano, en 1939 dejó “CRA” para incorporarse a la redacción de “Marcha”, donde se mantuvo hasta su alejamiento del país.

El temperamento artístico de Arturo no le permitía conformarse con el disfrute y la glosa de obras ajenas. Su mayor aspiración era crear las suyas propias y en ese empeño, tal vez descaminado, consumió gran parte de sus energías. Tuvo un debut propicio: su primera obra, “Puerto”, fue aceptada por la compañía de Humberto Nazzari y estrenada el 14 de marzo de 1941 en el teatro 18 de Julio. Según Angel Curotto, se trataba de “una pieza bien escrita, con buenas situaciones dramáticas, que reflejaba la influencia de los autores franceses Simon Gantillon y Marcel Pagnol, expresiones de un teatro de evasión y poesía”. Estaba echada la base para una carrera en el teatro local, pero el novel autor decidió no perseverar, pues tenía la mente fija en Europa.

Consiguió trasladarse físicamente al medio donde vivía en espíritu cuando el British Council le otorgo una beca para estudiar literatura inglesa. Embarcó en un mercante inglés en setiembre de 1942 y arribó a Londres en plena guerra. Deseoso de participar activamente en el tremendo drama del momento, abandonó los estudios literarios, renunció a la beca e ingresó en la sección española de la BBC en calidad de libretista y locutor. En esa labor se hizo un nombre profesional que le valió ser contratado por la CBS como corresponsal de guerra. Formó parte de la avanzada que, bajo el comando del general Clark, penetró en el continente tras el desembarco en Normandía el 6 de junio de 1944 y fue uno de los primeros testigos de la liberación de París y el horror de los campos de concentración.

Terminada la guerra, su experiencia le facilitó el ingreso al departamento de información pública de

Naciones Unidas en Nueva York. Desde allí envió una serie de notas y comentarios sobre cine y teatro a “El País” de Montevideo. Pasó luego a París, para asumir el cargo de director de la edición en español del “Correo de la UNESCO”, brillante culminación de una envidiable carrera internacional, aunque no, por cierto para quien había hecho del teatro la pasión de su vida. Escribió obras en inglés y francés (“Avant et après”, “Before and after”, “Drôle de pétrin”), las presentó a grandes comediantes y empresarios europeos, comunicó esperanzas de inminentes estrenos en cartas a Curotto, Carlitos Mezzera, Fernando Pereda y otros amigos montevideanos, pero nada salió del terreno de las ilusiones. La mayor de sus piezas, “Adiós a la carne”, o “Zaraza para la Banda Oriental”, programada por la Comedia Nacional, fue descartada a último momento por su extensión y alto costo de producción.

El éxito en los escenarios locales, sin embargo, le sonrió nuevamente en dos oportunidades. En 1952, en su primer retorno al suelo natal, hechizó al público de un repleto teatro 18 de Julio con su “Impromptu isabelino”, relación de sus experiencias en Londres durante la guerra, intercalada con recitados shakespearianos y la ejecución de “God Save the King”. Otra satisfacción le aguardaba, esta vez por su labor de traductor. Su versión de “La escuela del escándalo”, de Sheridan, por recomendación de Curotto, fue elegida para inaugurar la temporada del Solís en 1966. Dirigida por Eduardo Schinca, se convirtió en uno de los mejores espectáculos del elenco oficial, con dos meses de permanencia en cartelera. Curotto cuenta que, alentado por este triunfo, Despouey compuso y le remitió dos piezas: “Yo soy la morocha” y “Bienvenida a

Buenos Aires”, para que las entregara a elencos uruguayos. Pese a las empeñosas gestiones de su amigo y admirador, las puertas del caprichoso mundillo del teatro no volvieron a abrirse.

Para ese entonces había sonado la hora del retiro. Radicado en Jaén, junto a su Dulcinea, Luz Escalona, se aplicó a la redacción de un moroso *racconto* de sus andanzas que tituló “Quijote 44”. Completó las dos primeras salidas: “Zafarrancho de combate”, relato de la travesía del Atlántico bajo el acecho de los submarinos alemanes, y “La larga noche de Londres”, escenas de la vida bajo los bombardeos. El trabajo quedó inconcluso por la entrada en escena de un enemigo oculto entre bambalinas. Los últimos cinco años de su vida padeció el suplicio de una parálisis progresiva que comenzó con la atrofia de los músculos de la lengua y la garganta, privándole del uso de la palabra, el peor de los castigos. Imborrable una postrera, desoladora imagen: tendido boca arriba en el lecho, rígido, los ojos brillantes de ansiedad, apuntaba con el meñique de la mano izquierda las letras del alfabeto que le mostraba Luchi en una pizarra, componía las floridas frases de costumbre y, por más que el visitante le indicara haberle entendido, no paraba hasta el punto final. Así hasta el último día, el 5 de setiembre de 1982.

Despouey no ha sido olvidado; mucho se ha hecho, en años recientes, para conservar y renovar el interés por su obra y su persona. Ello se ha logrado principalmente gracias a la labor de la profesora Lisa Block de Behar, exdirectora de la Licenciatura de Comunicación de la UDELAR, creadora de un sitio en la red dedicado a

recordar grandes figuras de la prensa, en el que Despouey ocupa uno de los primeros lugares con reproducciones de sus artículos, fotos y referencias documentales. Una de sus alumnas, Ángeles Blanco, escribió una tesis de graduación titulada “Arturo Despouey, genio y figura”. Las nuevas generaciones se beneficiarán abrevando en ese manantial que no cesa. Para sus contemporáneos, para quienes tuvimos el privilegio del contacto directo con aquella pasión de vivir, de crear y comunicar que fue Arturo Despouey, ha caído el telón. ¿Qué nos queda? Apenas el recuerdo, ahora leyenda, de su personalidad, de su fervor estético, de algunos dichosos reencuentros aquí y allá, una colección de recortes, un montón de papeles inéditos. “*The rest is silence*”, diría Arturo.

***Hugo Rocha***

\*\*\*